

A Cóndor Dies, de Gustavo Álvarez Gardeazábal

Trad. Jonathan Tittler

Atmosphere Press, 2022. 148 pp.
ISBN: 1639883134

Margarita R. Jácome / Loyola University Maryland

2021 marcó el quincuagésimo aniversario de la publicación de *Cóndores no entierran todos los días*, posiblemente la mejor obra del novelista, periodista, locutor y político Gustavo Álvarez Gardeazábal. Esta novela, que cuenta la violencia de los años 50 en Colombia, ganó rápidamente el reconocimiento del público lector, fue galardonada con el Premio Manacor de España en 1971 y llevada al cine por Francisco Norden en 1984. A pesar de haberse convertido en un clásico de la literatura colombiana, los lectores angloparlantes tuvieron que esperar cinco décadas para disfrutar de la versión en inglés. Si bien parece que el cincuenta acechara a esta novela, no es la sincronización numérica lo que llama la atención de *A Cóndor Dies* (2022), traducción publicada por Jonathan Tittler, profundo conocedor de la obra de Álvarez Gardeazábal, quien ya en 1991 había realizado la traducción al inglés de *El bazar de los idiotas* (1974) del escritor vallecaucano.

En el prefacio, Tittler hace una serie de precisiones que sirven como guía para el lector de habla inglesa. Dice el académico que “to make sense, *A Cóndor Dies* is best seen within a Colombian context” (iii). Empero, dicho contexto no es sólo el de la violencia azuzada por el conflicto político de mitad de siglo, sino el de un país definido por su geografía, su religión, su gente, sus marcadas diferencias sociales y un estado centralizado, en contraste con una vida de provincia centrada en sí misma, “conformist, and rumor ridden” (iv). En consecuencia, es la textura de una narración basada en comadreo y rumores de pueblo la que impone un reto al traductor. En este sentido, el lenguaje coloquial y un discurso ágil constituyen peculiaridades de *Cóndores no entierran todos los días* que Tittler logra plasmar en la traducción al inglés, haciendo que el lector pueda adentrarse tanto en el conflicto político entre liberales y conservadores como en la idiosincrasia del pueblo tulueño. En otras palabras, como práctica literaria, *A Cóndor Dies* mantiene la vitalidad de una novela que se sustenta tanto en el modo de narrar como en la historia que devela.

En 1970, Álvarez Gardeazábal presenta su monografía para optar al título de Licenciado en Letras, titulada “La novelística de la violencia en Colombia”. En dicho trabajo, el joven escritor analiza la evolución y ejecución estética de un amplio corpus de novelas con temática de violencia publicadas entre 1951 y 1970. Dedicado “A todos los muertos de

la violencia, de Tuluá y de Colombia, que todavía esperan una novela a la altura de su sacrificio”, el estudio llega a una serie de conclusiones, de las cuales dos son pertinentes aquí. La primera señala que hasta 1970 “NO HABÍA HABIDO EN COLOMBIA UNA NOVELA DE LA VIOLENCIA” propiamente dicha (98, mayúsculas en el original). La segunda manifiesta que, para que una novela recoja el período histórico de 1946 a 1965 y lo vuelva trascendente, el autor “debe haber SENTIDO la violencia, estudiado detalladamente sus frutos y consecuencias y logrado de todo ello una visión objetiva capaz de ser fabulada” (101, mayúsculas en el original). De manera consecuente, al año siguiente el autor publica *Cóndores no entierran todos los días*, una obra que responde a las carencias temáticas y estéticas señaladas por él para la novelística de la Violencia en Colombia.

Como respuesta a las obras de la Violencia que la preceden, diremos que la novela no incluye ni diálogos ni monólogos, sino que es mezcla de rumores, declaraciones y afirmaciones de los habitantes de Tuluá sobre los hechos vividos como colectividad alrededor de la figura de León María Lozano, el Cóndor, jefe de los agentes exterminadores del Partido Conservador en el norte del Valle. Esta polifonía de perspectivas recopiladas por quien parece ser un habitante más del pueblo sugiere que la realidad presentada es el resultado de un acto intencional de memoria colectiva. Sin embargo, tal dispositivo narrativo resulta ser un artificio que devela, entre otros, los efectos traumáticos de la Violencia. Es por esto que la capacidad de recordación y discernimiento de un pueblo personificado que parece hablar al unísono se ve socavada desde el principio cuando el narrador/compilador declara que “Tuluá has never been able to understand when everything started” (3). Adicionalmente, el abanico de personajes históricos y creados representa posibles posturas frente a la Violencia, a la vez que evita la adhesión a una ideología política específica. De esta manera, la narración se aleja de la denuncia directa de la realidad histórica que la sustenta y permite que la novela se quede del lado de la ficción.

Un reparo al libro de Tittler, que no socava ni el valor ni la calidad de la traducción, radica en una incorrección histórica al enunciar en el prefacio que la violencia que se intensificó en 1948 debió ser contenida por el Frente Nacional entre 1948

y 1964, ya que dicho acuerdo de alternancia del poder entre los dos partidos tradicionales como solución a la crisis nacional se llevó a cabo entre 1958 y 1964. Es ésta una importante precisión, ya que el momento cumbre de la vida del protagonista León María Lozano en que se empiezan a delinear su liderazgo y su carácter audaz coincide con la del asesinato del candidato liberal a la presidencia, Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, fecha de gran impacto para el país. Es decir que la evolución de la violencia avivada por el asesinato de Gaitán va de la mano del poder creciente del protagonista y que las fechas mencionadas en el prefacio para el pacto entre partidos pueden sugerir una lectura diferente de los procesos de violencia representados en la novela.

El silencio y la falta de memoria de las violencias en Colombia, un país en que conviven el exceso de leyes y la

impunidad, han sido rotos muchas veces por obras que son el resultado de un trabajo serio de indagación en producciones y tendencias literarias anteriores. Desde una práctica estética consecuente y como representación de acontecimientos de gran impacto en comunidades azotadas por la violencia, *Cóndores no entierran todos los días* se ha convertido en una obra esencial para los lectores de habla hispana. En palabras de Tittler, el alcance local y universal se combinan en una historia que “focuses on the small, the petty, and the local of Tuluá, letting the grand narrative about the human condition resound within each individual reader” (vii). Es por todas estas razones que el libro se ha convertido en referente obligado para colombianos, colombianistas y admiradores de la literatura colombiana y que celebramos la publicación de *A Cándor Dies* como puerta de entrada a esta novela gardeazabalina para los lectores de habla inglesa.